

SAN JUAN XXIII



Colección “Testigos y maestros”

LUIS MARÍN DE SAN MARTÍN, OSA

SAN JUAN XXIII

Maestro espiritual



Ciudad Nueva

© Luis Marín de San Martín, OSA

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© 2014, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-301-0

Depósito legal: M-13.583-2014

Imprime: Advantia Comunicación Gráfica - Getafe (Madrid)

«Este es el misterio de mi vida. No busquéis otras explicaciones. Siempre he repetido la frase de san Gregorio Nacianceno: *Voluntas tua pax nostra*. Tu voluntad, Señor, es nuestra paz. El mismo pensamiento se contiene en otras palabras que siempre me han hecho buena compañía: *Oboedientia et pax*».

JUAN XXIII, *Diario del alma*

PRESENTACIÓN

SABER DEJARSE LLEVAR A HOMBROS POR EL PADRE Y POR LOS HERMANOS Y SABER LLEVAR AL PADRE A LOS HERMANOS

«Tú nos ofreces el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos, como ellos, la corona de gloria que no se marchita». «Porque mediante el testimonio admirable de tus santos fecundas sin cesar a tu Iglesia con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de tu amor. Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión».

Quiero comenzar, amigo lector, estas palabras mías de presentación al libro *San Juan XXIII, maestro espiritual*, del agustino Luis Marín de San Martín, con estas conocidas palabras de la liturgia de la Iglesia, tomadas de sus dos prefacios de las misas del común de santos. Estas frases vuelven una vez más a confirmar que el *lex orandi, lex credendi* es también, ha de ser, *lex vivendi*. En ellas, en estas frases, de manera sintética, hermosa y certera, se define lo que son los santos y el por qué y el para qué de su culto en la Iglesia Católica.

Lo que un santo es

«Un santo no es un ángel –escribió hace tres décadas el sacerdote y músico guipuzcoano Cesáreo Gabaráin, el autor del ya clásico y siempre bellissimo y oportuno *Pescador de hombres* y que, en 1991, con tan solo 55 años, falleció prematuramente–. Es hombre en carne y hueso que sabe levantarse y volver a caminar. El santo no se olvida del llanto de su hermano ni piensa que es más bueno subiéndose a un altar. Santo –concluye la parte principal de la canción– es el que vive su fe con alegría y lucha cada día, pues vive para amar».

El santo, pues, no es un extraterrestre, ni un aerolito, ni un supermán, ni un ave en vías de extinción. El santo tiene carne y hueso. Cabeza, tronco y extremidades..., y, sobre todo, corazón, mucho corazón...

La proclamación pública y solemne que la Iglesia hace de una persona sobre su santidad –parafraseando y haciendo mías, de algún modo, palabras y pensamientos del papa Francisco– no es una condecoración, ni un mero título, ni un simple honor –menos aún, honor mundano–, sino un reconocimiento, una alabanza, un testimonio, un servicio y una interpelación. Es un reconocimiento al ejemplo de la vida del que es propuesto como santo. Es una alabanza al Dios tres veces santo y fuente de la santidad. Es un testimonio –doble testimonio– de que Dios, el Dios de los cristianos, existe y es amor, es bondad, belleza y santidad. Es un testimonio de que hombres y muje-

res, por gracia de Dios y por fidelidad a Él, han sabido transmitir en y con sus vidas rayos, reflejos y atisbos de la grandeza, de la belleza y de la bondad de Dios, dándonos así pruebas evidentes de su amor. Y es un servicio, un servicio a la comunidad eclesial de todos los tiempos, y con ella a la humanidad entera, «para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos, como ellos, la corona de gloria que no se marchita». Y, así, de este modo, los santos «nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión». Y el santo, finalmente, es una interpelación para responder a la llamada universal a la santidad –uno de los grandes retos lanzados por el Concilio Vaticano II– y a promover la pastoral de la santidad.

Y reconforta, ¡y tanto!, sentir y expresar todo esto al referirnos ya, en plenitud, a dos de las personas que más han cautivado el corazón humano en el último medio siglo: los papas Juan XXIII y Juan Pablo II, ya y para la eternidad, santos –esto es, modelos e intercesores– de la Iglesia Católica.

Y reconforta, por lo tanto, ¡y también mucho!, adentrarnos, como las páginas de este libro facilitarán, en el conocimiento de uno de ellos, el Papa Bueno, contado, analizado y mostrado, sobre todo, como lo que es: un maestro de vida espiritual, un maestro de vida cristiana, un testigo cualificado de Jesucristo y, por ello y desde ello, un extraordinario servidor de la humanidad y, a su vez, poderoso intercesor para dejarnos llevar –ya lo he

escrito y luego lo repetiré varias veces— en hombros por Dios y saber llevar a los hombres a Dios.

Y es que ¿cómo dudar, tan solo con *Diario de un alma*, de que su autor, san Juan XXIII, es un espléndido maestro espiritual de primera magnitud? O ¿cómo desconocer que su intuición y convocatoria del Concilio Vaticano II fue una acendrada expresión de fe y para la fe y desde ella para relanzar la misión evangelizadora de la Iglesia y su inexcusable compromiso de búsqueda y aproximación a todos los hombres?

Luego abundaré en la figura de Juan XXIII. Séame permitido antes, permite, querido Luis, unas palabras sobre lo que entiendo fue y sigue siendo el significado de la gran fiesta de la santidad —fiesta de Dios, fiesta de la catolicidad y fiesta de la humanidad— del 27 de abril de 2014.

«Estos dos son buenos, son buenos, son dos buenos»

El 27 de abril, segundo domingo de Pascua, festividad de la Divina Misericordia, la Iglesia Católica, y con ella la humanidad, vivió un acontecimiento extraordinario y, al menos desde hace muchos siglos, inédito. En efecto, un papa, en este caso Francisco —y, al menos desde la cercana distancia, el emérito Benedicto XVI— canonizó a dos recientes y magníficos antecesores suyos: Juan XXIII y Juan Pablo II.